

Enero 13 de 1873.

Desde la madrugada hemos tenido á la vista las costas de Candia cubiertas de nieve. Candia es la antigua Creta donde reinó Minos, quien le dió leyes y extendió su imperio por el Archipiélago y las costas del Asia. Allí existió el célebre laberinto donde se supone haber pasado la fábula de Ariadna y de Teseo. Esa isla fué la patria de Idomeneo, uno de los héroes griegos vencedores de Troya. Conservó mucho tiempo su independencia, hasta que Metelo la sojuzgó al poder romano. Formó con la Iliria parte del imperio de Oriente, hasta que los sarracenos se apoderaron de ella en el siglo nono; y habiendo edificado allí una ciudad con el nombre de Candia, toda la isla fué así llamada, habiendo perdido desde entonces su antiguo nombre.

CAPITULO III.

ALEXANDRÍA.

(SKANDARIEH)

Enero 14 de 1873.

ENTRAMOS en la rada de Alexandría por el Gran Paso. Un piloto vino á encontrarnos y condujo el buque por buen camino. Cuando hay mal tiempo, los pilotos no salen del puerto. Durante la noche la entrada en Alexandría es impracticable, y los buques que llegan se pasan de largo, por no exponerse á un desastre intentando atinar con la entrada.

Las playas de Africa por esta parte son de tal suerte bajas, que no se perciben, aun en los días mas serenos, sino á una corta distancia de ocho á diez millas. Estamos en el puerto. Se pára el buque, suenan las cadenas, y las áncoras caen en el mar.

Obvertunt pelago proras : tum dente tenaci
Ancora fundabat naves, et littora curvæ
Prætexunt puppes.

VIRG. ENEID. VI.

La impresion que recibí al mirar aquella tierra, no la olvidaré nunca. El puerto parecia asentado sobre las aguas, brotar de ellas, y las pal-

mas elevaban su cabeza sobre las habitaciones, mientras los molinos de viento dibujaban sobre el horizonte sus brazos giratorios.

Al derredor de nuestro buque se armó una gerigonza estrepitosa. Cada pasajero era asediado por multitud de barqueros que hablaban frances, inglés, italiano ó árabe, y á voz en cuello gritaban.

Me acerqué á un joyero italiano que venia á bordo, el cual se habia establecido en el Cairo desde veintidos años atrás, y le supliqué me permitiese acompañarme con él para descender á tierra, porque yo no sabia qué hacer en medio de aquel mundo para mí tan desconocido. Él aceptó desde luego mi proposicion con gran cortesía, y me eché en sus brazos (moralmente) para verme salvo de aquella agresion babilónica que me tenia aturdido.

Héme por fin en una barca caminando al puerto, medio tostado por el sol, y desplegando al aire, con flema digna de un inglés, un viejo paraguas para hacerme sombra. He llegado al puerto. Innumerables faquines nos asedian, como enemigos que marchan al asalto de una ciudad, ó bien como moscas que giran y zumban en derredor de una conservera (me parece que esta última comparacion es mas oportuna). Aquella tropa de faquines se lanza sobre nuestro equipaje: uno se apodera de una maleta; otro del saco de noche; otro de la caja del sombrero; el de mas allá de mi paraguas; y hay alguno, finalmente, que pretende despojarme del sobretodo que tengo sobre mis espaldas. En vano me rebato, sudo, y corro en pos de mis propiedades. Llegué á temer que dieran aquellos desalmados en hacer trizas mis cosas, para apoderarse cada uno de un pedazo.

Como Dios me dió á entender, hablé en frances, inglés é italiano, y grité reclamando las piezas de mi equipaje. ¡Imposible! Nadie me entendia, ó por decir mejor, nadie queria entenderme. Entretanto Veronesi, el joyero del Cairo, sostenia á pocos pasos de mí el mismo combate, aunque hablaba á voz en cuello en correcto árabe. Fué aquella una lid prodigiosa contra una hidra de mil cabezas.

Por fin sonó la gran palabra:

—No hay mas recurso que la fuerza, dijo Veronesi con la frente cubierta por el sudor de la angustia.

Efectivamente, enarbolé mi brazo y descargué un golpe de paraguas sobre la espalda del pilluelo que trataba de desembarazarme de mi sobretodo (mi primera medida habia sido la de recobrar mi paraguas). El pilluelo dejó en paz mi sobretodo. Con un segundo golpe recobré mi caja de sombrero; con un tercero mi saco de noche, y con un cuarto mi maleta. Excusado es decir que no cargué la mano fuertemente, en atencion á dos graves consideraciones: es la primera que no me sentia con derecho para hacerlo; y es la segunda, y acaso la mas grave, ¡debilidad humana! que temia enormemente por la suerte de mi paraguas.

Héteme aquí, pues, en posesion de todas mis cosas, amontonadas las unas sobre las otras, y en vela cerca de ellas, paraguas al hombro. Pasada la refriega, busqué á Veronesi. El italiano tenia los alientos de un Rodrigo de Vivar, con más, los instintos sanguinarios del leopardo.

Despues de haber hecho que los faquines dejasen por tierra su equipaje, los perseguia aún á lo lejos, baston en mano, con el ojo terrible y la nariz anhelante. Y no paró aquel varon esforzado hasta que, persiguiendo á la multitud despavorida, subió á lo mas alto de unas canteras que por allí habia y que unos obreros pacíficos tallaban. Los guardianes de la paz pública reian en tanto, y Veronesi paseaba su mirada triunfadora en torno, como un campeón que, vencedor en la pelea, se recrea en la contemplacion de los sangrientos cadáveres que lo cercan.

Calmado ya el humor bélico de mi compañero, descendió de la cantera donde habia trepado, y recogió sus maletas y demas cosas que yacian por aquel campo diseminadas como el botin de un ejército vencido. Y despues de accion tan bella, se puso á regatear el precio de la conduccion de nuestro equipaje hasta la aduana. Tan cierto así es que la misma epopeya tiene al final su lado de prosa.

Llegados á la aduana y mostrados nuestros pasaportes, pasamos á la galería de registro. Allí nos encontramos con un negro celoso de su oficio, que metía sin piedad la mano en nuestras maletas abiertas, y hacia de ellas ¡oh dolor! un verdadero caos de camisas, calzones, calcetines, etc. Bien se conocía que aquel infiel no las había acomodado con el sudor de su rostro.

De pronto, cuando ya parecía el registro terminado, encuentra el negro una caja, rompe sin piedad los cordones que la liaban, y descubre ¡cosa terrible! unos rosarios.

—¡A la aduana, grita furioso, á la aduana!

Aquel grito me desconcierta. La aduana, las objeciones, los derechos, todo esto me viene á la cabeza como una borrasca. En vano hablo, argumento, suplico.

—¡A la aduana, á la aduana! grita el negro inexorable.

Y efectivamente, mis rosarios iban á dar á la aduana, cuando descubro una risita en la boca de Veronesi. Aquella risa fué para mí el iris de la paz tras el diluvio de mis cuitas.

Veronesi introdujo sus dos dedos en el bolsillo de su chaleco. El negro se detuvo en su camino. Veronesi echó á relucir una moneda de dos francos. El negro sonrió con benevolencia. Veronesi introdujo aquellos dos francos en la mano del negro. El negro me devolvió la caja sin decir palabra, y pasó adelante sin hacer más de mi maleta un campo de Agramante. Aquí teneis cómo puede comprarse hasta con «dos francos» la fé de los hombres mas celosos en el cumplimiento de sus deberes. ¡Desfallécete, corazon, y tú, tierra, tiembra!

Merced á otros dos francos, Veronesi no tuvo necesidad de abrir sus maletas.

Tomamos un carruaje; sostuvimos una nueva lid contra los faquines, y con las cajas sobre las rodillas y los sacos de noche contra el pecho (tal era la incomodidad del vehículo), nos dirigimos al hotel Abbat.

Reposamos un instante en nuestros aposentos, y salimos luego á

hacer un paseo por las calles. Veronesi conocía á todo el mundo. Aquí entra en un café, allá en una joyería, mas allá en un almacén de modas, y aquella era una série de abrazos y besos que tenía mucho de vertiginoso, como un torbellino de amistad sincera. A la una de la tarde fuimos á la casa de un relojero alemán llamado Heinzle.

Su mujer, que era francesa, nos recibió con amabilidad exquisita, así como Heinzle. Imposible fué salir de aquella casa sin sentarnos á la mesa. Comimos, pues, Veronesi, la pareja y yo alrededor de la mesa una comida modesta, pero sazónada con la buena voluntad, la finura y la gracia. La ventana del comedor daba sobre el mar, y desde allí se descubría la aguja de Cleopatra, monolito inmortal que cuenta siglos y ha sido testigo del desarrollo de la historia.

Concluida la comida, Heinzle y yo éramos ya los mejores amigos del mundo. Salimos de su casa del brazo todos tres, tomamos un carruaje, recorrimos la ciudad de alto abajo, y al caer la tarde fuimos á pasear por las orillas del canal del Nilo.

Alexandría está perfectamente dividida en dos ciudades, la antigua que es egipcia del todo, y la moderna que es europea pura. Allí comencé á ver á las mujeres con sus largos mantos que desde la cabeza les caen hasta el suelo, y la faz cubierta, con anillo sobre la nariz, por dentro del cual pasa el hilo que sostiene la tela con que se velan el rostro á partir de los ojos. Algunas van vestidas de color azul oscuro, otras de blanco, y las mas ricas de seda negra en el manto y azul en la túnica. Los hombres visten de maneras diferentes, pero lo mas general es que los pobres lleven una túnica azul que les llega á la mitad del tobillo, con las piernas y los piés desnudos, y turbante blanco en la cabeza. Los ricos llevan la túnica mas larga, el manto ajustado al cuerpo y con mangas, calzado de cuero amarillo y turbante blanco de mil formas y maneras.

El efecto que causa aquel mundo tan distinto de América y Europa, es profundo; se siente el viajero como aislado en medio de aquella humanidad, cuyos rostros, trages, religion y costumbres le son tan

desconocidos. Se diría que se ha pasado de un planeta á otro planeta, y aun todo lo que de Europa se encuentra, mírase como extraño, como exótico; son memorias del mundo que se ha dejado, que se aparecen cual sombras en el mundo donde se llega.

Las agujas de Cleopatra son obeliscos de menores dimensiones que las que hay en Roma y Paris. Según se dice, estos obeliscos datan del tiempo de Mesra Thotmosis de Manethon, y fueron transportados de Heliópolis para ornar la entrada del Cesareo ó palacio del César, y son de granito rojo de Assuan.

La columna llamada de Pompeyo no tiene relacion ninguna con este hombre célebre. Es una columna salvada de la destruccion del templo de Serapis, que da idea de cuál haya sido la grandiosidad de la construccion antigua, por sus proporciones soberbias y lo exquisito de su trabajo. Excusado es decir que nada tiene que ver tampoco con el antiguo Egipto, y que data del tiempo de la dominacion romana, tal vez de la época de Diocleciano.

En Alexandria hay tambien catacumbas. Es probable que hayan sido formadas por los primeros cristianos, aunque sobra quien lo dispute. No las visité ahora, proponiéndome verlas al regresar de mi viaje.

Alexandro el Grande trazó por sí mismo el plano de la ciudad de Alexandria y la fundó el año 332 antes de Jesucristo, bajo el nombre de Nacratís, pensando en las grandes ventajas que proporcionaria un puerto en ese sitio comercial y estratégico; pero la grandeza de Alexandria no se desarrolló bajo los ojos del héroe macedonio, sino que llegó á su mas alto punto de esplendor en tiempo de los Tolomeos. Allí estuvo la célebre biblioteca de 400,000 manuscritos reunidos por estos mismos reyes, cuya conflagracion ha arrancado á la humanidad lamentos dolorosos y largos. Amon, conquistador de Egipto, no sabiendo qué hacer con tan suntuosa biblioteca, pidió al califa sus órdenes sobre la materia. «Quema esos libros, le contestó Omar: si no contienen mas que lo que está en el Coran, son inútiles, y daño-

so si contienen otra cosa.» Seis meses fueron empleados para quemar tan enorme cantidad de volúmenes en los hornos y los baños públicos. Yo he visitado el lugar que esta biblioteca ocupaba, y he suspirado al mirarlo campo solitario, cuando fué santuario en un tiempo de la sabiduría de la tierra.

La isla de Faros forma parte de la ciudad, desde que Tolomeo Filadelfo la unió al puerto por medio de una calzada. En esa isla era donde habitaba Proteo, según Homero, y allí fué donde se levantó gigantesco el faro que midió mil codos (cuatrocientos piés), y que fué una de las siete maravillas del mundo. Los siglos respetaron su mole enorme; pero un temblor de tierra lo hizo desaparecer de la superficie del globo. Ahora ocupa su lugar la puerta de Faraon.

Cerca de la ciudad se extiende el lago Mareotis, tan célebre en la historia del antiguo Egipto.

Alrededor del Serapeo fué donde la religion cristiana sostuvo combates encarnizados contra el gentilismo egipcio y la filosofia de los griegos. Bajo Teodosio el Grande, los cristianos, armados de adictos de este príncipe, se precipitaron furiosos sobre el templo, y echaron por tierra los ídolos, á pesar de la resistencia terrible que les opusieron los gentiles. Desde el Serapeo, el mónstruo Caracalla se habia recreado, tiempo hacia, en la contemplacion de la carnicería humana ordenada por él mismo.

En 1790 Alexandria no era mas que un villorrio miserable de 6,000 almas. Mohammed-Alí lo abrió al comercio cristiano, y bien pronto la ciudad de los Tolomeos vió afluir en su seno las inmigraciones de Europa, y comenzó á levantarse de su largo olvido, nueva, grande y próspera. Sus calles son anchas y rectas (hablo de la ciudad europea), bien pavimentadas y alumbradas por el gas. Desgraciadamente no tienen nombre, y el extranjero se pierde en ellas, sin poder dirigirse ni adquirir noticias sobre la direccion que debe seguir para llegar al punto deseado. Es un defecto verdaderamente lamentable en una poblacion de mas de 250,000 almas.

En Alejandría reside la corte en el estío, á causa de la frescura de su brisa; en tanto que en el invierno se ve desierta de los ricos y de los enfermos que van á guarecerse al Cairo contra los vientos frescos que soplan.

Cerca de Alejandría está Ramleh, y cerca de Ramleh, Abukir, célebre por haber sido el lugar donde Nelson derrotó á los franceses, y donde Napoleon con 6,000 hombres destruyó un ejército turco de 20,000, hasta tal punto que solo veinte turcos pudieron salvarse de la muerte.

En la noche, siempre en compañía de Veronesi y Heinzle, fuí á conocer los cafés de la ciudad. Allí me encontré en medio de escogida coleccion de tipos de todos los países. Estaba en ese lugar el griego de tez morena y ojos negros, con su ancho calzon flotante que se recoge en el tobillo, su chaquetilla graciosa y su gran gorro rojo derribado sobre la frente; el cofto, familia cristiana que vive al calor del mahometismo, y que tiene gran deseo de pertenecer á esa otra familia de cristianos que es soberana y se llama Europa. Allí estaba el sectario de Mahoma, de mirada pensativa y aspecto perezoso, fumando su larga pipa, puestos los piés sin calzado sobre el divan muelle, y dejadas las chinelas de marroquí sobre el suelo; allí el ruso de cabellera crespa y tez blanca, revelando en sus ojos inquietos y chispeantes los instintos del cosaco; allí el alemán frio con su rostro inexpresivo, bebiendo sendos tragos de cerveza, al rígido compás de una conversacion de matemáticas puras; allí el frances, el inglés, el italiano. Pasemos adelante, que estos tipos han envejecido en nuestro conocimiento.

A la una de la madrugada nos recogimos, despues de haber decidido Veronesi y yo partir para el Cairo por el tren expreso de las ocho y media de la mañana. Tal torbellino de imágenes tenia yo en la fantasia, que imposible me fué conciliar el sueño antes de que comenzara á rayar el dia; así es que á las siete desperté sobresaltado á las voces que Veronesi me daba, conjurándome en nombre del cielo á levantarme de prisa.

Con los ojos aún rebeldes salí á los pocos minutos de mi cuarto, dándome al diablo por haber querido partir á esa hora, cuando podia haberlo hecho á la mitad del dia con entera comodidad.

Puestas las maletas en el coche con prisa febril, é instalados en el vehículo, volamos, que no corrimos, hácia la estacion del camino de fierro; pero ¡cuán bien conocí que el Africa no es Europa, al tener que esperar una hora sentado en el wagon antes de que el tren se pusiese en movimiento!